

Francisco Font Acevedo

Impromptu –*Tarot*² (Fuerza)

Temible era la mano de la mujer incendiaria. Todo cuanto tocaba, fruto o flor, humeaba: higos, tamarindos, don diegos y lirios eran fulminados al contacto con su piel. Privada de humedad, su cuerpo rivalizaba con la aridez del desierto. No había clepsidra que pudiera contener el agua cerca de ella; su tiempo era de arena. Resuelta a no liquidar otra inocencia, anduvo días desnuda, abrazando estatuas a la intemperie. El metal encandilado sudaba la pátina y la excreta de paloma, pero conservaba su aleación molecular. Quienes vieron los abrazos hablaron de prodigio, pornografía ecológica o higiene municipal; pero nadie se atrevió a ponerle un dedo encima a la mujer. Quiso entonces la Fortuna que su mano rozara un cundiamor florecido. Acicateado por la calentura, ofreció el rugoso bulbo, que la mujer se untó de prisa en las manos. Viendo que no se quemaba se lo pasó por los labios, los brazos y su contraída flor de Jericó. La flor abierta flotó entre sus muslos hasta que la mujer, nueve veces felicitada, tragó del cundiamor la semilla. Apenas partió canturreando, los pájaros bebieron de la tierra allí anegada.

Impromptu – *Reptil tóxico*

Un parte de prensa debiera anunciarlo: un reptil tóxico anda suelto por la Milla de Oro. El espécimen tiende a pasar inadvertido, pues no anda en cuatro patas, no se arrastra por el suelo, su rabo inexistente no tiene escamas y su boca de dientes romos no bufa al abrirse. Reptil bípedo es el que anda suelto por Hato Rey. Ojo a las mujeres que cerca de él se encuentren. Miren cómo erguido fuma, cómo porta un morral en bandolera, cómo su mirada fruncida escruta el paisaje. Si lo ven, rehúyan el contacto. Dicen que sus toxinas, digitales, no tardan en llegar a la corriente sanguínea, a trepar por la espina y sobreexcitar las glándulas del llanto. Siéntese como vidrios que se anegan en las zonas erógenas confundiendo placer con dolor. Cuando el llanto de la víctima es público, los pájaros vuelan despavoridos como si se tratara de aguacero y el reptil tóxico, desconcertado, dirá dos o tres frases desesperadas para paliar el efecto. Será peor: palabra y tacto conjugados escamarán la piel de la víctima, momento en que el reptil, corroído de sí mismo, huirá del lugar, cigarro en boca, las manos ácidas chamuscándoles los bolsillos.

Impromptu – *felis catus coloniae*

Tiernos y fieros son los moradores de la ciudad colonial. Cruzan puertas y ventanas, saltan balaustres, trepan murallas vetustas, o simplemente se tienden debajo de los autos o entre las estatuas de las plazas a ejercer su monarquía disoluta. Su displicencia y laxitud no se ofende con los desmanes cinco veces centenario de los bípedos que transitan por las calles adoquinadas. Saben que quienes confunden arquitectura con hábitat deliran, que quienes confunden garita con ciudad son reos de una tarjeta postal, tributarios del narcicismo fotogénico. Sigilosamente se frotan con todo, se ovillan como alfombras persas, otean el

paisaje desde una muralla o se escurren entre las piedras del muelle para ejercitar sus colmillos entre los incautos roedores. Saben que la ciudad no es ni europea ni norteamericana, que el imperialismo cristiano fracasó hace tiempo y que vivir como colonia puede no ser monumento al expolio. Por eso no les importa que las mascotas bípedas vayan y vengan, ni que insistan en cargar una cámara al cuello, ni siquiera que se consuelen con festejar folclóricamente el lugar. Ellos simplemente asientan su prosapia africana, regalándose a la caricia y custodiando la matriz onírica de la vieja ciudad.

Impromptu –Tarot⁴ (El Eón)

Somos crédulos, despiadadamente crédulos. Gente de fe dura: cuatro personas que sabemos creer. No tenemos predilección por ninguna doctrina. Cualquiera nos sirve, siempre que su portavoz no la contradiga. Eso debió haberlo sabido el electricista encubierto. En una parada de guagua había dicho a una testigo de Jehová que no creía ni en la luz eléctrica. Su desprecio al Oro Negro nos cautivó. Enseguida lo abordamos y lo invitamos a almorzar con tal de seguir escuchándolo. Ante el brío de su palabra humillamos la cabeza. Deseosos de adelantar nuestra conversión, le rogamos que esa noche acudiera a la casa. Allí el hombre se sintió a sus anchas y habló de ritos profanos. Ellas, aquiescentes, le hicieron acomodo en la cama, agasajándolo con dulzura. Cuando nos tocó el turno a los hombres, apagamos la luz, acción que sobresaltó al portavoz. Le dijimos que cumplíamos con la fe por él transmitida; pero su voz en la oscuridad escupió improperios y lanzó golpes a ciegas. Insensatamente, trató de escapar. Amordazado debió escuchar nuestra apostasía, mientras las mujeres llenaban la bañera. Fue él quien falló a su causa; nosotros sólo descartamos otra demagogia. Durante días vestimos de blanco. Sabemos, devotos de devoción, que otro deslumbramiento está por llegar.

Impromptu – Rorschach

Les tomó un año de sudor completar la tela. Aunque es notable la impericia técnica de ambos, la pieza compensa por el brío de sus trazos. Firmar la obra les pareció una tautología y el anonimato, en todo caso, una saludable renuncia a la vanidad. Quien vea el enorme cuadrángulo adosado a la pared de la galería puede pensar en horror o en coprofilia. Puede, incluso, comentar al que tenga más cerca.: “eso lo pude haber hecho yo”. Cierto, pero no lo hizo, ni lo hará. Precisaría perseverancia, mucho ímpetu y no poco amor. Trabajar en colaboración, en alteridad y con abandono a la contingencia. Doce sesiones. Un centenar de sobresaltos. La quiebra del lenguaje. La torsión helicoidal del aire, la salud aeróbica de un acordeón. Aunar miseria y hambre con vocación de empedernido. Y un poco de humor. Por eso soltaron la tela y la ficha técnica: “Rorschach #1”, 1.91m x 1.37m, medio mixto. A ver si en esta noche de apertura, el público, después de divagar con cúmulos, nimbos y cirros de algodón, llegan –al menos unos pocos— a la gozosa turbidez. Les gustaría cotejar confusiones, rechazos y envidias; pero no tienen tiempo que perder. La luna apremia. Hay tela nueva que manchar.

Cordón umbilical

Habían pasado seis años desde la última vez que supo de ella. Aquella vez su encuentro terminó mal. Y ahora vuelve a aparecer en su vida como si saliera del sombrero de pascua. Cuando su celular sonó no reconoció aquel número, pero contestó la llamada. Al otro lado del auricular estaba ella con su respiración un tanto nerviosa.

_____ Hola. ¿Quién habla?

_____ Increíble que no me reconozcas. ¿Tanto tiempo ha pasado desde la última vez que estuvimos juntas?

_____ ¿Con quién quiere hablar? ¡No oigo! ¡No oigo!

Terminó la llamada y apagó el móvil para que no pudiera volver a marcar su número. Aquella mujer la atormentaba; solo pensar en ella la estremecía porque volvían a revelarse todos los sentimientos que quería ocultar. Se preguntaba **¿se habrá dado cuenta de que no quería hablarle?** ¡Qué más da! No es justo desaparecer de su vida por tantos años para ahora **¡zas!** reaparecer y querer ser recibida como si nada hubiera sucedido entre ellas. Cuantas noches albergó el deseo de abrazarla, de besarla, de colocar su cabeza entre sus piernas. Muchas veces anheló poder hablar con ella por largas horas; abrirla su corazón y preguntarle si la quería. Entonces, ahora que han pasado tantos años vuelve y piensa que con una simple llamada se resuelven sus problemas. **¡NO! ¡NO!** Gritó con fuerza **COÑO**. Salieron blasfemias de su boca y se dijo **“Esto no me puede estar pasando de nuevo.”** Respiró con calma y pensó “no tengo que verla”. Ni siquiera tengo que hablarle. Amalia no tiene derecho alguno sobre ella porque nunca ha sabido ser una buena **MADRE...**

Muchedumbre

La cucaracha Martina esta vez no fue al baile de las gallinas. Entró tarde al salón y alardeó su delgadez con movimientos sensuales. Vestía pantalones ajustados al cuerpo y camisa de manguillos que dejaban ver su ombligo. La miré con detenimiento porque usaba pestañas postizas y sus cejas estaban demasiado maquilladas. La cucaracha Martina tenía su polvo compacto marca True Match sobre el pupitre. Continuamente, como la madrastra de Blanca Nieves, buscaba su reflejo en el espejo del pequeño estuche. La cucaracha Martina tiene la cara muy blanca y el pelo largo negro al estilo Rapunzel. La cucaracha pertenece a una nueva generación de muchedumbre amorfa y, lamentablemente, se perdió la discusión interesante de la clase.